

Dominique URVOY, *Histoire de la pensée arabe et islamique*, Éditions du Seuil, Paris 2006, 692 pp. ; ISBN 2-02-049041-2.

Con frecuencia, una historia del pensamiento se organiza a base del estudio cronológico de autores individuales o de temas en los que se divide el pensamiento en cuestión. Dominique Urvoy rompe con esta tradición en la obra de reseña pues en ella se propone estudiar un “universo mental”, el del pensamiento árabe e islámico. El pensamiento árabe e islámico es más amplio que la filosofía árabe e islámica, y las variables árabe e islámica permiten incluir el pensamiento expresado en lengua árabe por autores judíos o cristianos.

¿En qué consiste este universo mental? De las palabras de Urvoy en su prólogo se deduce que es una realidad histórica constituida por unas cuestiones que surgen progresivamente, y se concatenan.

Así pues, Urvoy nos ofrece así un primer capítulo dedicado a los valores del mundo árabe anterior al Islam, la *djâhiliya*. Junto a valores bien conocidos, como el honor, la valentía, o la generosidad, a través de la poesía pre-islámica, Urvoy habla de Mas'ûdî, el historiador del siglo X, y de su historia de las religiones, y lo hace para introducir unos valores religiosos. Según la obra *Las praderas de oro* de Mas'ûdî, en la *djâhiliya* había cuatro formas de creencia, aunque las cuatro compartían la creencia en un Dios creador.

En el capítulo siguiente, acerca de las estructuras ideales del Corán, Urvoy describe la cosmología, la antropología, la visión de la historia, comprendidas en el Corán. Como el Corán no es un tratado filosófico, Urvoy tiene que hacer una interpretación y, por ejemplo, sigue a J. Jomier y utiliza sus términos: el Corán establece la debilidad ontológica del hombre (p. 43).

“Desde su aparición, el Islam está marcado por el conflicto”, nos recuerda Urvoy (p. 60) y le proporciona al lector informaciones actualizadas sobre estos conflictos. Cita un artículo de M. Gil sobre el credo de Abû 'Âmir, el maniqueo de Medina, que le reprochó a Mahoma deformar el monoteísmo. Kharijies y shi'ies merecen debidamente su atención, que llega a autores poco conocidos como Nadjda ib 'Âmir, un khariji moderado. Urvoy repasa las otras corrientes, tales como los qadaríes o murjies, o el nuevo escenario intelectual que la llegada de los abasíes al poder pone en marcha.

En el marco de su proyecto de describir el mundo intelectual árabe, Urvoy reflexiona sobre el árabe en cuanto lengua. De acuerdo con H. Fleisch, atribuye a la escuela gramatical de Basora una concepción de la lengua árabe como expresión de la racionalidad, y donde las irregularidades no son más que aparentes.

Sîbawayh, de origen persa, es el gramático más destacado de la escuela de Basora. Se acercó al lenguaje preocupado por su función, no por el significado de las palabras. Urvoy señala que Sîbawayh describe el lenguaje como si sus elementos fueran miembros de la sociedad. Por ejemplo, los verbos regulares son verbos sanos, y los irregulares, no están sanos porque tienen letras débiles, y dos letras débiles, *wâw* y *yâ'*, son enfermas. Urvoy, que conoce y cita los estudios de M.G. Carter y de R. Arnaldez, se esfuerza en mostrar aspectos filosóficos y teológicos que se pueden descubrir en la gramática de Sîbawayh. Siguiendo este método, Urvoy considera los comentarios al Corán y la elaboración del derecho islámico como manifestaciones de este universo mental. Otros capítulos son habituales en una historia de la filosofía árabe, como las traducciones y la incorporación de la filosofía greco-helenística, o el Kalâm y sus ramas, pero en todos los casos, Urvoy procura ver rasgos de continuidad y coherencia.

La dimensión mística del pensamiento islámico es algo fundamental y yo diría inseparable del mismo. Urvoy examina su desarrollo desde el ascetismo a una actitud contemplativa y las posibles influencias externas, en particular, cristianas. Louis Massignon se oponía a explicar el sufismo en base a influencias externas, y sostenía que el sufi es uno que lee y relee el Corán hasta absorberlo. Urvoy sostiene que las dos posturas no son incompatibles puesto que “si bien el único texto, originariamente, es el Corán, este es recibido a través de unas estructuras mentales y unas actitudes rituales elaboradas con el transcurrir de los tiempos” (p. 217).

Urvoy ha escrito ya en varias ocasiones sobre el movimiento almohade, su ideología y los filósofos que pueden alimentarla. En la obra de reseña, Urvoy tiene un capítulo

titulado “El movimiento almohade y su ambigüedad”. Para Urvoy, el fundador del movimiento almohade, Ibn Tûmart, es un racionalista, opuesto a Algacel, a pesar de que la leyenda hace de Ibn Tûmart un discípulo inmediato de Algacel. En sintonía con este racionalismo aparecen Ibn Tufayl y naturalmente Averroes, al que Urvoy dedicó, ya en 1998, una monografía con el expresivo título: *Averroès. Les ambitions d'un intellectuel musulman* (París, 2ª ed. 2001).

A pesar de la denominación arabo-islámica, la obra de Urvoy abarca también el pensamiento judío medieval así como la filosofía irania. El capítulo relativo a ésta lo llama “Los metafísicos de Persia” e incluye entre ellos a Nasîr ad-Dîn at-Tûsî, Mîr Damâd o Mollâ Sadrâ. Tiene en cuenta tanto los trabajos de H. Corbin como los más recientes de P. Morewedge, C. Jambet o D. de Smet para ofrecernos una imagen satisfactoria de esta dirección.

La historia de Urvoy se extiende también al periodo contemporáneo. Durante un tiempo, señala Urvoy, se ha creído que el mundo árabe después de un largo periodo de estancamiento, emprendía un camino totalmente nuevo, motivado por el contacto con Occidente, pero él se adhiere a la opinión de G. Delanoue, según la cual la innegable novedad no ahogaba una continuidad, ni se mantenía inalterable. La novedad o bien se aclimatava y se arabizada, o bien era rechazada. El movimiento reformista de Ahmad Khan puede ser un buen ejemplo de ello. Ahmad Khan fundó el Muslim Anglo-Oriental College de Aligarh siguiendo el modelo occidental, y a la vez escribió un comentario coránico donde un criterio racionalista se impone, pero donde la continuidad religiosa se refuerza y asegura.

El capítulo final de la historia trata de las contribuciones cristianas al pensamiento árabe. Urvoy hace su última referencia a un polémico libro, en alemán, de Christoph Luxenberg, pseudónimo de un profesor universitario. Según Luxenberg, el Corán no estaría escrito en árabe clásico, sino en una mezcla de árabe y siríaco, que sería la lengua de los comerciantes de Meca y se basaría en colecciones de textos litúrgicos cristianos. Urvoy se limita a exponer esta opinión más que discutible, pero la referencia tiene un sentido.

Urvoy concluye diciendo que todo el pensamiento árabe, con toda su variedad y aparente contrariedad, tiene un objetivo común: la busca de la certeza. Este factor psicológico, la búsqueda de la verdad interior, no permite un retorno del pensamiento sobre sí mismo, sino que es un pensamiento siempre dirigido hacia fuera. Es un pensamiento que, en palabras del autor, “ignora lo trágico”. Creo que los ejemplos recogidos en esta reseña ayudan a comprender esta tesis de Urvoy. En cualquier caso, es evidente que nos encontramos ante una obra que nos ofrece una información extensa y detallada. El autor no sólo la transmite sino que la interpreta con la competencia y profundidad habitual en Urvoy.

Josep Puig Montada
(Universidad Complutense de Madrid)